

---

## TERAPEUTICA.

---

### SEÑORES CONSOCIOS:

En cumplimiento de la obligación que nuestro reglamento me impone, tomo de un libro de terapéutica que estoy escribiendo, el siguiente fragmento, que someto gustosísimo á vuestro ilustrado juicio.

### DEL TARTARO.

El tártaro ( $C^4 H^4 O^6 K S b O$ )<sup>2</sup> +  $H^2 O$ ) llamado por antonomasia "emético," por habersele considerado el vomitivo por excelencia, tiene una sinonimia abundante. Se le ha llamado "tártaro estibiado," "tártaro soluble," "sal vegetal," "antimonio tartarizado," "tartrato de antimonio y potasio," y "sal de Mynsicht," por ser este el nombre del químico á quien se atribuye su descubrimiento.

Cristaliza en octaedros. Es blanco; eflorescente al aire; soluble en 17 partes de agua fría y en 3 de agua hirviente. Su sabor es salino; pero tomándole diluído, en dosis pequeñas y repetidas, adquiere un sabor repugnantísimo.

Puede contener, por defecto de preparación, pequeñas cantidades de fierro, cobre, alúmina, etc., provenientes del cremor que sirve para prepararlo, cuando éste es impuro.

---

Pasaron para no volver problemente aquellos tiempos en que los antimoniales hicieron su entrada á la terapéutica en medio de un "hossana" universal; tiempos en los que Paracelso ó Basilio Valentín (no se sabe á punto fijo quién de los dos) escribió su obra titulada "Currum triumphalis antimonii." Pasaron también los días en que Perrau inventaba ó propagaba la falsa noticia de que el Monge Valentín había envenenado á otros varios de los de su misma congregación, pretendiendo engordarlos como engordaban los cerdos á los que ministraba el tártaro que acababa de descubrir, y en que Guy-Patin daba al tártaro estibiado el pi-

caresco nombre de "tártaro estigiado," queriendo de esta manera significar que la ensalzada preparación llevaba á la laguna Estigia á quienes de ella hicieron uso medicinal.

Hoy, en virtud de los progresos científicos, estamos tan lejos del uno como del otro extremo: ni honramos entusiastas con fe absoluta á las preparaciones del antimonio, de las que el tártaro es genuino representante, ni tampoco las deseamos por peligrosas del arsenal terapéutico, por mucho que el nombre de *antimonio* haya venido de generación en generación recordando la conseja de los Monges envenenados por Basilio Valentín.

Hoy aprovechamos sus efectos en las siguientes enfermedades:

En la *indigestión estomacal* ó embarazo gástrico y en casi todas las intoxicaciones como un emético poderoso, desempeñando entonces un papel puramente mecánico, es decir, provocando el vómito, como pudieran hacerlo la apomorfina, la ipeca, el sulfato de cobre ó el de zinc. Conviene aquí decir, sin embargo, que en la inmensa generalidad de casos debe preferirse al tártaro que deprime las fuerzas vitales algún otro vomitivo de acción general menos enérgica, como la ipeca, por ejemplo; pero si por circunstancias especiales se diere al tártaro la preferencia, que sea siempre en persona vigorosa y en la edad media de la vida, pues en los niños, en los ancianos y en toda persona débil ó debilitada, la administración de la sal de Mynsicht, sería cuando menos imprudente.

En el *crup*, quienes han aconsejado el tártaro, apóyanse en la idea de que por el vómito que él produce son expulsadas las falsas membranas, y por la pequeña porción de medicamento que se absorbe, es atacada la causa de la enfermedad por presunta modificación de la sangre. Guiados por esta idea halagadora, después de provocar el vómito, continúan administrando el tártaro en poción que prescriben por cucharadas cafeteras, hasta ingerir la dosis de 0,20 á 0,40 al día.

La expulsión de las películas laringeas puede ser un hecho por efecto mecánico del vómito; pero ni la propiedad emética pertenece exclusivamente al tártaro, ni es demostrable la supuesta acción fundamental; militan más bien en contrario de aquella funesta idea la experimentación fisiológica y poderosas consideraciones críticas. Las pociones tartarizadas á su paso por la garganta irritan la mucosa, la inflaman, la ulceran previa pustulación, y bien se comprende todo el peligro de semejante accidente. Si en el *crup* está contraindicado el uso de los vejigatorios al cuello, por haber demostrado la práctica que en las superficies desepitelizadas apare

cen las películas patológicas, y mientras más se multipliquen éstas más fácil es la autoinfección, cuánto más irracional es preparar el campo á la invasión de las falsas membranas por allí, por donde están poniendo en peligro la vida del paciente! Por otra parte, ¿cómo concebir que á una enfermedad en la que las fuerzas vitales se encuentran seriamente comprometidas, haciendo abstracción de los fenómenos asfíxicos, pueda oponerse con éxito un medicamento que se caracteriza por efectos semejantes? Dícese que siendo la enfermedad parasitaria, el tártaro mata tal vez al microbio. Tal vez! ¿y sobre tan endeble base puede erigirse todo un sistema de curación? No siendo yo partidario del "similia similibus curantur," ni teniendo noticia de que se haya demostrado aún la existencia del micro-organismo productor de la difteria y que éste sucumbe á la acción del tártaro, desecho la medicación emética en el crup, y en todas las manifestaciones de ese envenenamiento especial cuya manifestación es la difteria, con tanta más razón cuanto que el crup ataca de preferencia á los niños, en quienes el tártaro puede considerarse contraindicado.

Hasta aquí he venido considerando al tártaro en los casos en que se le aconseja por su propiedad emética, y debiera desde luego pasar á estudiarlo en las indicaciones terapéuticas que se le han concedido por sus efectos generales sobre el organismo; pero creo ser en este lugar oportunas algunas reflexiones acerca del mecanismo, por el que se produce el vómito cuando se ministra el tártaro.

La absorción de esta sal llevada al tubo digestivo, se dice que se hace *in natura*, sin que sufra descomposición ó alteración alguna, porque los jugos ácidos del estómago no la atacan, y los álcalis del contenido intestinal no lo hacen sino con gran lentitud. Mialhe, sin embargo, supone que en el estómago se trasforma el tártaro en cloruro de antimonio ( $SbCl^3$ ). Sin negar esta reacción de un modo absoluto yo la creo tan lenta, en virtud de la dilución del ácido clorhídrico en el jugo gástrico, que antes de que ella se verifique debe absorberse el tártaro; de otra suerte los efectos tópicos de éste fueran los de la manteca de antimonio, es decir, los de un veneno corrosivo mucho más enérgico que el tártaro, á no ser que se admita la pronta reducción de  $SbCl^3$  en  $SbCl^5$   $SbO^3$ , (polvo de Algaroth ú oxiclорuro de antimonio) por acción del agua que pueda contener el estómago.

Llevado el tártaro por inyección directa al torrente de la circulación sanguínea, produce el vómito más tarde que cuando se le administra por la boca, y se le encuentra en las materias vomitadas; hecho en que se apoya

Nothnagel para resolver que el vómito estibiado es fenómeno reflejo. Deben no obstante recordarse los célebres experimentos de Magendie que no por antiguos han menguado en importancia; y algunas observaciones teóricas fundadas en lo que enseña la experimentación fisiológica y la práctica clínica.

Magendie sustituía el estómago de un perro con una vejiga que relacionaba artísticamente con el píloro y el cardias é inyectaba después bajo la piel del animal una dosis de emético capaz de hacerlo vomitar. Y el vómito se presentaba, en efecto, en aquellos animales mutilados; es decir, venía el esfuerzo muscular y la dilatación del cardias, no obstante la ausencia de la rama gástrica del vago. Dice Nothnagel á este propósito que del indicado experimento sólo se infiere que el vómito no se produce únicamente por excitación de las ramas nerviosas del estómago, sino también por la de otros nervios, como los faringeos y exofagianos.

Puede, en efecto, la excitación de esos nervios, producir la náusea y aun el vómito, como sucede titilando la úvula; pero para apoyar la idea debería demostrarse ó bien que la rápida excitación de la mucosa faringoexofagiana, al paso del tártaro que se deglute es bastaute poderosa para provocar el fenómeno, lo cual es difícil de aceptarse; ó bien que el tártaro se elimina igualmente por toda la mucosa digestiva, cosa que debería ser demostrada. Mientras el parerer descansa en una suposición, puede ser combatido por otra; y esta no puede ser sino la de que el tártaro tiene á la vez acción periférica y central, que excita al pneumo-gástrico en su origen, en el centro emético bulbar y en sus exposiciones periféricas. Prefiero esta conclusión á la del sabio médico vienés, por parecerme difícil que una sustancia como el tártaro que conmueve tan enérgicamente todo el sistema nervioso, hubiera de respetarlo en sólo un punto pequenísimo.

Hay más aún: concediendo al emético la negada acción sobre la médula oblongada, puede muy racionalmente explicarse la tolerancia ó indiferencia del organismo á las preparaciones estibiadas. Cuando el emético llega al bulbo en cantidad muy corta y por una sola vez, excita el centro emético, lo hace más sensible á la excitación periférica del pneumo-gástrico y se produce el vómito; pero si la dosis llevada por la sangre á aquel centro pasa de ciertos límites, ó bien su acción es sostenida porque se esté ministrando la sustancia en dosis frecuentes aunque pequeñas, entonces á la excitación del centro sucede el colapsus, como pasa con todos los excitantes, y así roto el arco diastáltico por su centro en virtud de la narcosis bulbar, el reflejo es imposible por enérgica que sea la acción tóptica del tártaro sobre la mucosa gástrica.

No solamente sobre las membranas mucosas tiene acción irritante el tártaro; sobre tejidos más resistentes como la piel, por ejemplo, produce efectos notabilísimos que es preciso recordar, porque de ellos nos aprovechamos en la medicación revulsora. Las lociones con agua tartarizada, las fricciones con grasas que contengan tártaro, la aplicación de esta sal por medio de un emplasto, etc., determinan en la piel una inflamación pustulosa con caracteres especiales, que tienen su punto de partida en las glándulas cutáneas. Es probable que la acidez del producto de estas glándulas favorezca la pustulación; y de esta manera pudiera explicarse porqué la inflamación cutánea no es uniforme. Comienzan las pústulas por pequeños botones ó pápulas más ó menos confluentes que se transforman en vesículas que prontamente supuran y se hacen umbilicadas, como las de la viruela. La aparición de las pústulas es más ó menos tardía, conforme á la frecuencia con que es aplicado el tártaro y á la mayor finura del tejido sobre el que obran: en los niños y en las mujeres cuyo cutis es delicado, así como en los hombres por donde lo tienen más fino, la pustulación aparece más rápidamente, por lo común de las 24 á las 48 horas, y si la acción del tártaro continúa, se desarrollan, se hacen confluentes, muy dolorosas, provocan reacción general y más tarde se cubren de costras que al caer dejan, como la viruela, hondas cicatrices que serán eterno recuerdo de la medicación sufrida.

Como se comprende, esta flegmasia artificial del tegumento externo, fué utilizada como recurso supremo en la medicación transpositiva en que se respetaba menos al organismo humano. Hoy que tocamos el extremo contrario; hoy que por no arrancar al enfermo un ¡ay! que vibre dolorosamente en nuestra conciencia médica, le dejamos tal vez morir, usamos poco de semejantes recursos. Entre una y otra práctica, entre la de aquellos médicos que en el combate sostenido con la muerte en defensa del enfermo esgrimían valientemente sus armas, aun cuando éstas cayesen cortantes y pesadas sobre el enfermo mismo; y nuestra práctica habitual de timidez y abstracción por fútiles consideraciones al que sufre, ¿cuál es la más racional? Acaso si en la pasada edad fueron atormentados los médicos en el silencio de sus reflexiones por lamentos que eran protestas; no estará hoy en ocasiones nuestra conciencia del todo tranquila al ver en el sepulcro gentes que murieron ilesas, sin que les lastimásemos nosotros con nuestros recursos terapéuticos, sin que en su agonía pudieran llamarnos "bárbaros," pero sí "indolentes" ó sistemáticamente tímidos por preocupación de escuela. Entre uno y otro extremo; entre martirizar á un semejante ó dejarlo morir, yo estoy por lo primero; pero este es asunto que reservo para otro artículo especial. — MANUEL DOMÍNGUEZ.